

CAPÍTULOS GRATUITOS

Valores y Reinos III

Manuel Revilla Peñaranda

Nota del autor:

¡Atención! ¡Alerta de Spoiler! Si lees estos capítulos sin haber leído los libros anteriores perderás el factor sorpresa. Valores y Reinos es una historia que crece y evoluciona a medida que la lees, así que merece la pena disfrutarla de principio a fin sin anticipar su desarrollo. ;)

La muchedumbre aclamaba su nombre a lo largo de la gran explanada, que separaba las dos inmensas columnas de la entrada a la ciudad. Algunos ya le conocían, pero la gran mayoría pudo poner cara al caballero negro que había logrado arrancar de las manos rebeldes la ciudad natal de su rey y aniquilar al segundo consejero de Branna, finalizando así el largo asedio de Khronia.

El pelo revuelto y rubio de Esteban ondeaba, mientras este cabalgaba a paso lento flanqueado por una decena de caballeros de la orden. Su cara irradiaba felicidad.

Jamás pensó que pudiera vivir este gran acontecimiento, cuando sus ojos quedaron atrapados en una profunda oscuridad y su cerebro perdió la sensibilidad de su cuerpo mientras pendía de la fuerte mano de Khron. El joven no pudo definir si se había desmayado o si su mente había sido transportada a otro lado, dejando abandonado su cuerpo. Le era imposible recordar el tiempo que estuvo así. Tan solo recordaba que se despertó de pronto en una de las estancias del castillo, sintiendo un fuerte dolor en el pecho.

Todavía recordaba cómo, aturdido, se había llevado la mano hacia la fuente de dolor y había percibido que ya no llevaba sus protecciones de soldado. Sus manos palparon directamente su torso a través de su raída camisola, que había sido rasgada por completo, dejándola inservible. Las yemas de sus dedos tan solo rozaron su pecho y unos fuertes pinchazos recorrieron su corazón. Gritó de dolor mientras su cuerpo se retorció sobre las losas de piedra donde había aparecido y, tan solo cuando minutos después se hubo calmado, se atrevió a inclinar la cabeza para ver qué le había ocurrido.

Cuando sus ojos se posaron sobre su pecho vieron una gran mancha negra que le cubría todo el pectoral, rodeada en todo su contorno por su enrojecida piel, cuyas venas se marcaban de tal manera que parecía fueran a reventar. Asustado se levantó de un salto y corrió hacia la ventana de la estancia para que la tenue luz del mediodía iluminase mejor su dolorido pecho. Cuando lo contempló e interpretó su significado, todo su cuerpo se estremeció y sus ojos no pudieron apartar la mirada de aquella mancha negra que le acompañaría ya para toda su vida. Aquella mancha negra era un tatuaje. Un tatuaje grabado en su pecho a base de aguja y fuego. La ceniza de alguna sustancia que no lograba identificar había sido introducida bajo su piel cubriéndole justamente el lugar donde se hallaba su corazón. Y a pesar de su dolor y su aturdimiento pudo contemplar, a la luz de la ventana, que sobre su corazón le habían grabado la mano oscura de Khron.

La herida del tatuaje permaneció abierta durante casi dos días, en los cuales unos

terribles dolores recorrieron sus extremidades sumergiéndole en agudos gritos. Durante esos dos días estuvo encerrado en aquella estancia en la que fue alimentado y cuidado por los sirvientes del rey. Cuando los dolores remitieron súbitamente, Esteban se encontraba arrollado sobre sí mismo en una esquina de la estancia, al límite de sus fuerzas. La lucha que sufrió en su cabeza fue casi más dolorosa que la que sufrió en su cuerpo. Algo en él había cambiado.

Cuando se levantó se encontró bien. Su tatuaje por fin se había integrado en su cuerpo y la piel de su alrededor comenzó paulatinamente a presentar mejor aspecto. El enrojecimiento se tornó nuevamente en un color rosado y sus venas volvieron a quedar ocultas bajo su piel. La mano de Khron ahora se veía perfectamente apoyada sobre su pecho. Los largos dedos de su mano diestra, que parecían hallarse enfundados en su guantelete, se mostraban estirados hacia el hombro siniestro cubriéndole casi todo el pecho, mientras que su palma se apoyaba en el esternón. Esteban volvió a tocar su tatuaje con temor, pero esta vez ningún dolor se apoderó de él. Tan solo su pecho y sus dedos se sintieron entre ellos.

De repente la puerta se abrió tras él y uno de los sirvientes entró.

—¡El rey quiere verte! —le dijo, y sin más explicación se dio la vuelta y salió dejando la puerta abierta.

Ante la premura de la orden, Esteban se preguntó si acaso aquel sirviente le habría estado observando para descubrir si moría de dolor con aquel tatuaje o no, y si tendría encomendada la misión de avisar al rey en cuanto diera señas de mejoría. Pero sin detenerse demasiado en sus pensamientos, salió corriendo detrás de él con la esperanza de no perderle de vista y perderse él mismo entre los largos pasillos del castillo.

El sirviente, vestido con una camisa roja y una sobrevesta negra sin mangas de fustán que le cubría casi todo el cuerpo para combatir el frío del palacio, andaba a paso ligero sobre sus zapatos escotados, agarrados al tobillo por una cinta abotonada. Su ritmo hacía que Esteban le persiguiera aceleradamente, debiendo correr en tramos para no perderle al doblar las esquinas. Probablemente el sirviente se jugase un buen latigazo si no llevaba a Esteban pronto ante el rey. A medida que avanzaba, Esteban podía notar nítidamente la presencia del monarca.

Tras caminar un largo rato y subir dos plantas, el hombrecillo de paso apresurado se giró de pronto hacia el joven y estirando su brazo le mostró la estancia donde debía entrar, protegida por dos gruesos soldados provistos de una reluciente armadura de hierro. Uno de los soldados golpeó la puerta y tras abrirse ligeramente, apareció un mayordomo real que invitó a pasar al muchacho.

La estancia a la que entró dejó completamente boquiabierto a Esteban. De pronto se encontró en medio de una gran sala con enormes estanterías que sostenían innumerables legajos y pergaminos, así como centenares de libros. A un lado de la estancia, una docena de silenciosos copistas tocados con largas barbas movían con esmero sus plumas, duplicando o reparando los viejos libros de tapas de cuero que se asomaban por los laterales de sus pupitres reclinados.

El rey ni siquiera se dio la vuelta a la llegada de Esteban, sumergido como estaba en la lectura de un gran libro cuyas tapas mostraban cuatro robustos herrajes que podían

ser cerrados dos a dos y bloqueados quizá con algún hechizo, impidiendo que ojos no autorizados viesen lo que no debieran ver.

El joven se postró ante él, sintiendo nuevamente un gran temor ante su presencia. Su corazón volvió a latir con fuerza mientras la negra armadura del rey reflejaba las titilantes llamas de decenas de lámparas colgadas del techo y la luz que entraba por las ventanas del fondo.

—Confíaba en que no murieses al recibir mi regalo —dijo Khron sin volverse.

Esteban sintió nuevamente cómo su voz se introducía dolorosamente en su interior.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—Sí, mi señor —contestó el soldado.

—¡Me alegro! —exclamó Khron con un rugido—, porque lo portarás con orgullo toda tu vida.

Khron pasó la página que estaba leyendo.

—Con él podrás sentir la maravillosa fuerza de Serón.

El rey se dio la vuelta y clavó su mirada en el muchacho. Este la sintió a pesar de mantener su cabeza pegada al suelo.

—Has de reparar al reino los destrozos que causaste y solo tendrás una oportunidad —le dijo.

El muchacho se mantuvo inmóvil, esperando la orden de su rey.

—Las muertes que provocaste dentro de mi ciudad, las deberás provocar fuera ante nuestros enemigos.

El monarca hizo una pausa.

—¡Has de eliminar por completo las tropas rebeldes que mancillan con su sola presencia las tierras de Ribera de Shul! Solo así lograrás conservar tu vida.

Esteban abrió los ojos sorprendido, sin poder levantar la cabeza.

—Para ello pondré bajo tu cargo una mesnada de hombres, que te respetarán y seguirán como solo a un caballero negro se le respeta y se le sigue —Khron respiró resoplando fuertemente por la nariz—. ¡Desde hoy perteneces a la orden!

El rey miró a su mayordomo quien, abriendo una puerta oculta en la pared, hizo entrar a media docena de sirvientes que portaban sobre un armazón de madera las distintas piezas de una reluciente armadura negra. El seco sonido que rebotó en las paredes tras dejar el pesado armazón en el suelo, hizo que Esteban dirigiera su mirada hacia allí.

Un peto de suaves curvas provisto con su espaldar, ambos delicadamente grabados con las agresivas fauces de lo que parecía ser una pantera, unas hombreras rematadas con unas afiladas garras, brazales, codales y antebrazos acompañados de manoplas de puntiagudos nudillos. Escarcela, quijotes, rodilleras y grebas rematadas por unos puntiagudos esarpes acerados y sobre ella una terrible celada de prominente visera ranurada rematada con una afilada cresta en la calva y bajo su barbote una decorada gola para proteger el cuello. A su lado, dos espadas cortas y una rodela con las mismas fauces que su peto.

—Esta será tu armadura a partir de hoy. Con ella irás al Este y con ella volverás vivo o muerto. Haz buen uso de ella porque al cogerla quedas en deuda con el reino. ¡Que ella te proteja bien!

Esteban quedó perplejo con la armadura, tratando de decir alguna palabra, mas no

consiguió articular ninguna.

—Ahora irás con mi mayordomo al templo y en breve partirás.

El joven fue levantado del suelo de un fuerte tirón por dos de los sirvientes. Esteban trató de acercarse al rey para mostrar su agradecimiento, pero él extendió su mano para mantenerlo en la distancia.

—Aprovecha tu única oportunidad de pagar tu afrenta o...

El rey extendió su mano diestra y cerró repentinamente el puño.

—Ya no volveré a perderte nunca más —sentenció.

Esteban trató de tragar saliva, pero no pudo. Su mente volvió a sentir la fría mano de Khron apretándole la garganta y quitándole la vida poco a poco. Su recuerdo jamás se borraría con el perenne tatuaje que llevaba sobre su corazón. Y entendió que el rey lo activaría ante el menor indicio de traición.

Esteban comenzó a caminar acompañado por los sirvientes, quienes portaron nuevamente la armadura con ellos, y se dirigió tras el mayordomo al templo de los caballeros negros.

El joven ni siquiera lo notó, pero el rey percibió cómo había mirado de refilón el libro que él estaba leyendo y comprendió inmediatamente que el muchacho había tratado inconscientemente de reconocer sus letras. Tan solo un humano que supiese leer habría hecho ese gesto. El rey volvió a mirar a Esteban antes de que saliese por la puerta y siguió con su lectura.

La ancha vía de piedra hacia Khronia estaba todavía dañada por los intensos ataques que había recibido la horda rebelde en su intento de conquistar la capital del reino. Profundos desplomes de la calzada, corrimientos de la base de cimentación e innumerables piedras rotas y saltadas de su sitio, obligaban a la exultante mesnada liderada por los caballeros negros a serpentear por el camino.

Los habitantes de la capital y de las aldeas cercanas se habían acercado a la gran explanada para saludar y agradecer a los soldados que la amenaza orca, que les había acechado durante tanto tiempo, hubiera desaparecido.

Miles de orcos adornaban con sus putrefactos cuerpos el camino a la capital, habiendo servido de festín para incontables animales carroñeros que dieron buena cuenta de ellos. De hecho, todavía se podían ver decenas de buitres que, incapaces de levantar el vuelo con el estómago lleno, observaban desde la distancia la llegada de los soldados.

La explanada llegó a estar tan saturada de cuerpos que finalmente se había tomado la decisión de quemar en grandes piras a los sobrantes, para que la capital no quedase infestada de gusanos y de insectos. El coste de la batalla había sido terrible y, más aún, para los orcos fieles al reino, que llegaron a ser perseguidos y ajusticiados por los ciudadanos humanos sin que el rey llegase a poner objeción alguna. Muchos tuvieron que huir de la ciudad, siendo detenidos por las sombras antes de salir de sus límites y examinados a través de sus ojos para detectar cualquier signo de rebeldía.

Malos tiempos para ser un orco, fuese cual fuese la tribu a la que pertenecieras y más, después de saberse que el propio ministro pesquisidor yacía sin cabeza en el vertedero del castillo por traición. Las noticias de esa relevancia no tardaban en volar por la ciudad en cuanto sucedían, alimentándose de sórdidos detalles reales o inventados por el boca

a boca, causando alegría o repulsión dependiendo a quién llegasen, pero también tristeza y llanto; que fue lo que invadió a Zione nada más saberlo.

Su nombre no llegó a estar en boca de todos, acompañando la noticia de la muerte del ministro y eso la hacía pensar que Óscar mantuvo su secreto, a pesar de las torturas que recibiera. La profunda tristeza que sintió la dominadora de dragones no se pudo comparar en intensidad a ningún sentimiento que hubiera tenido antes, pues estaba segura de que las sensaciones que aquel orco le habían provocado, jamás podrían ser repetidas por otro ser. Durante unos días se refugió en su alcoba de la escuela y allí lloró amargamente por su amado sin ser vista, ocultando de esa manera cualquier signo que pudiera ser entendido como una debilidad. Sus dragones fueron vistos volando en los confines del reino, libres de hacer lo que quisieran durante los días que ella estuvo desahogándose. Pero junto con la noticia de la sentencia de Óscar, también le llegó la noticia, ensalzada poco después como la heroica historia de un joven soldado que había comenzado las revueltas contra los orcos, desbaratando sus planes e impidiendo con ello que la traición de los durganos hubiera acabado con la caída de la ciudad. Él había sido el que había movilizado a los fanáticos a ir contra todo hereje de sus creencias. Él había llevado a aquella turba de estúpidos humanos hasta la casa donde se encontraban. Y él debería ser quien pagase por ello.

Aquella mañana en la que las murallas de la ciudad volvían a estar repletas de humanos jaleando a las tropas reales y a los caballeros negros, Zione se propuso ejecutar su plan.

Sin la necesidad de usar a sus dragones para ello, se colocó en una de las torres de flanqueo cercanas a la puerta de entrada, debiendo constantemente empujar a la multitud y golpearla con sus codos, para mantener su privilegiada posición y ver llegar a la decena de caballeros negros con Esteban a la cabeza.

Ella pretendía introducirse en la cabeza del joven de una manera súbita, desorganizarle la mente, volverle loco, descomparar sus funciones vitales interrumpiendo la actividad de su cerebro, y que cayese de su caballo envuelto en dolorosas y duras convulsiones, escupiendo babas por la boca. Y todo ello delante de las puertas de Khronia. Pero para ejecutar su plan debía ser muy rápida y estar a la distancia adecuada. No quería que su penetración en la cabeza de Esteban fuese detectada por los otros dominadores que se hallaban entre la multitud, o que el uso de su magia fuese detectado por los nigromantes. Debía realizarlo todo en menos tiempo del que se tardase en pestañear.

Los jinetes se aproximaron a la gran puerta siempre abierta para recibir a los perdidos, que esta vez recibía a los héroes de su salvación. El rey observaba su entrada desde los balcones superiores de su castillo haciendo sentir a los seres más sensibles su presencia.

Tan pronto como se acercaron, decenas de soldados ubicados en los laterales de la vía elevaron sus trompetas, al tiempo que los caballeros pasaban por el centro. Una estremecedora canción salió de aquellos instrumentos musicales, al tiempo que decenas de tamborileros comenzaron a golpear sus tambores haciéndolos resonar contra la muralla. La gente comenzó a gritar de éxtasis al ver acercarse al grupo de caballeros negros con sus briosos caballos de batalla tocados con sus impresionantes

bardas y luciendo sobre sus testeras imposibles cuernos retorcidos. Los caballeros portaban sus celadas y yelmos todavía puestos, impasibles ante el júbilo del pueblo, mientras que Esteban, habiendo colocado su celada sobre el cuerno de su horquilla, disfrutaba sonriente del momento.

Esa muestra de vanidad le ofrecía a Zione una ventaja adicional. Aquel muchacho con el que disfrutó se había convertido en su mayor enemigo. Todo el amor que hubiera podido sentir por él se había convertido en el más amargo odio y sus ganas de que muriera superaban con creces las ganas que en su día tuvo por verle vivo. Zione se preparó asomándose por uno de los merlones de la torre. La multitud se apretaba contra ella deseando ver a los caballeros y no dejaban de empujarla y de gritar a su alrededor.

De pronto el joven se puso de pie sobre sus estribos y, cogiendo de sus empuñaduras las dos espadas que llevaba atadas a las anillas laterales del faldoncillo de su silla, las blandió en el aire, cruzándolas entre sí y gritó dirigiendo su mirada al castillo:

—¡Khronia! ¡Por ti mi vida he de dar!

Aquel enérgico grito hizo que la muchedumbre fuera poseída por un gran frenesí y uniendo sus voces bajo un mismo grito, comenzó a jalearse por encima de la música su nombre.

—¡Esteban! ¡Esteban! ¡Esteban! —gritaron al unísono miles de hombres y mujeres.

El vigor del joven caballero negro; su fuerte cuerpo sobre el que brillaba una armadura bañada con la sangre de los rebeldes; su mirada desafiante de ojos azules; el toque de indisciplina en comparación con sus compañeros de orden, aplacado bajo el juramento de fidelidad que acababa de hacer delante de los ciudadanos de la capital: la combinación de todo ello deslumbró a todos y cada uno de los presentes, incluida Zione, quien, perpleja por el poder que había logrado atraer hacia sí mismo el joven Esteban, quedó también abrumada y sin capacidad de reacción. Tan solo cuando logró volver a recordar el motivo por el que estaba allí, se dio cuenta de que los caballeros negros hacía tiempo que se habían adentrado en la ciudad, quedando ocultos a sus ojos.

Eserá posible borrarlos de la historia de la raza orca.

La hueste real, asentada en la ciudad costera de Eremitag y desde la que fue reconquistando casi la totalidad de las aldeas litorales, gracias al apoyo de la flota de barcos traída del Norte, al tiempo que hostigaba a la ciudad de Branna defendida por Ougt y el resto de consejeros, recibió el apoyo de las fuerzas supervivientes al asedio de Khronia, comenzando así su terrible empuje final hacia el Este.

El rey consideró que las pruebas a las que habían sido sometidos sus dragones eran más que suficientes para demostrar que aquellas bestias podían combatir en el mismo campo de batalla que sus soldados de a pie, sin que por ello las encontrasen como su mayor amenaza. Casi la completa totalidad de los dominadores de dragones fueron ordenados a integrarse en las mesnadas de los condes y a seguir sus órdenes como generales que eran de sus huestes.

La batalla que tuvo lugar en Branna fue de las más despiadadas que se hubiera vivido hasta entonces, donde unos humanos en inferioridad numérica, pero ayudados por las terribles bestias al servicio del rey, machacaron la capital orca durante día y noche sin descanso hasta acabar con la totalidad de su población. Ninguna piedra quedó en pie perteneciente al castillo del líder durgano, convertido en una inmensa montaña de escombros.

Se decía que las aguas del río Zhil-Otog que dividían la ciudad en dos, llegaron a evaporarse, dejando el caudal seco ante las altas temperaturas que se llegaron a alcanzar por efecto de las llamaradas de dragón. Los diversos niveles de la ciudad se fueron tomando al revés de lo que siempre pensaron los orcos: de arriba abajo. Comenzar su ataque con todas las bestias aladas con las que contaba el reino, cayendo sobre el castillo desde el Norte, cogió desprevenidos a los orcos que se habían dedicado a levantar poderosas defensas orientadas al Sur. Los soldados reales fueron transportados al castillo mediante jaulas de madera que, tras ser cogidas entre las garras de los dragones, eran depositadas sobre el humeante y ennegrecido suelo, liberando a dos docenas de guerreros por jaula.

La agresividad de los soldados humanos nunca fue inferior a la agresividad que por naturaleza presentaban los orcos y los actos de crueldad que allí se cometieron no hicieron más que extender la idea de que el reino había vuelto a resurgir con gran fuerza. Las oleadas de magia negra que se enviaban desde Khronia hacia el Sur se podían sentir nítidamente desde distintos lugares del reino como alteraciones en el ambiente. Siempre que Serón se elevaba en el cielo, deleitándose con las guerras ofrecidas a su nombre, las oleadas de magia se sucedían y el fervor y la fuerza de las tropas reales se restablecían, no pareciendo necesitar descanso.

El conde Galberto fue el primero en pisar las ruinas del castillo, clavando el estandarte del reino en lo alto del valle para que ondease a la vista de todos. Su cara pudo por fin reflejar la satisfacción de sentirse vengado ante el ataque a Isiri-Isi y no contento todavía con eso, mandó mover inmensas piedras derruidas del castillo, para desenterrar el cuerpo de Ougt atrapado entre los escombros y podérselo llevar con él como trofeo, para mostrarlo a todos aquellos líderes orcos que se encontrase en su camino.

La totalidad de los edificios de Branna, sus casas, sus herrerías, sus graneros, sus

armerías, sus tiendas, sus talleres, todo, fue saqueado y destruido. Ancianos y niños que no pudieron huir sucumbieron también ante aquella demostración de fuerza. El nivel de destrucción de aquella ciudad sería la prueba ante el resto de especies de la gran fuerza y poder de aquellos que la llevaron a cabo. Aquella señal debería perdurar durante muchos años para que todos la tuviesen presente en sus mentes y en las de generaciones venideras.

La destrucción de la capital durgana provocó la huida de un gran número de orcos que, sin otro sitio a dónde dirigirse, avanzaron hacia el Este dejando completamente despoblado el Oeste de Orgul-Dur. Aquella tremenda movilización de seres hizo que los haces se tuvieran que unir y replegar al Norte de la ciudad de Lenibrí, desbordados por el gran número de ciudadanos y soldados que huyeron. La propia ciudad de los grunchis quedó completamente arrasada tras el paso de la marabunta de orcos en su camino hacia oriente, expoliada de todo ropaje y alimento ante el inminente invierno. Durante esos meses, se le encomendó a los haces que atacasen sin contemplaciones las retaguardias de los grupos de orcos que huían, para impedir así su agrupamiento y facilitar el avance de la hueste real, evitando enfrentamientos de desgaste y con ello interrupciones tanto en la liberación de las aldeas de tribus afines como en la destrucción de las aldeas rebeldes.

La peligrosa situación de los haces hizo que todos sus integrantes tuvieran que redoblar esfuerzos y precauciones a pesar de tener ya de por sí un exigente nivel de ambos en su cotidianeidad. Esto, además, se unía a que ningún haz contaba desde hacía tiempo con el número completo de integrantes, ante la escasez de soldados humanos en el reino y que en los mejores casos debían de subsistir con la mitad.

Reo se había convertido en un ser despiadado, que ofrecía cada día lo mejor de sus conocimientos y sus agilidades en la lucha. Parco en palabras y agresivo en sus actos, calculaba siempre la estrategia idónea para enfrentarse a cada nueva misión contra los orcos. El recuerdo de sus hermanos tuvo que desaparecer pronto ante una situación tan hostil. Solo pensar en ellos le hacía desconcentrarse y por tanto debilitarse, poniendo en riesgo su vida. Sus únicos compañeros eran los necromantes y su capitán Witiza, quien no dejaba de observar la fiereza del único soldado que quedaba del haz vigesimoprimeros, tal y como se lo encontró la primera vez ante la presa orca.

Reo nunca lloró por sus hermanos, a pesar de haberse hecho a la idea de que todos pudieran estar ya muertos. Dudaba que Roque hubiera llegado muy lejos en su camino a Thelín infestado de orcos y fuggers y dudaba de que Bertrán hubiera alcanzado el lugar al que huyó con su puta, tras ser declarado desertor de las huestes del rey y repudiado por el resto de sus compañeros, quedando bajo pena de muerte si era encontrado.

No solo esas noticias afectaban a su familia, sino las que comenzaron a llegar del Este y de cómo la cordillera Amintalia retenía a los orcos que llegaban hasta ella, acumulándolos y aumentando la presión de aquellos territorios. Se oían noticias de que los orcos huidos comenzaban a ascender por el Norte buscando una salida llegando a los límites del condado de Alkintur, al que pertenecía Thelín, sin que estuviese allí Aelfrico para defenderlo con sus tropas, formando parte, como estaba, de la gran hueste que azotaba el Oeste.

La espiral de combates, luchas y enfrentamientos, acompañada siempre de grandes desgracias no parecía tener fin y Reo solo podía hacer una cosa para salir de allí: superar el camino de lucha a la que Khron les había llevado, adaptando su cuerpo y su mente a todas las adversidades que pudiera encontrarse, rompiendo cada día sus límites y siendo el más fuerte, el más rápido, el más violento y el más oscuro de todo aquel contra el que se enfrentase.